

De día habría podido reconocerse que aquello no era otra cosa que un candelero de minas. Á veces solían emplear en aquella época á los presidiarios en extraer roca de las altas colinas que rodean á Tolon, y no era raro que tuvieran consigo algunos útiles de minero. Los candeleros de este son de hierro macizo, terminados por su extremidad inferior en una punta por medio de la cual se los fija en la roca.

Tomó el candelero en la mano derecha, conteniendo el aliento, dirigióse á paso de lobo hácia la puerta de la pieza inmediata, que, como es sabido, era la del obispo. Al llegar á esta puerta la halló entreabierta. El obispo no la había cerrado.

XI

LO QUE HACE

Juan Valjean se puso á escuchar. Ni el menor ruido. Empujó la puerta.

La empujó con las yemas de los dedos, muy ligeramente, con esa suavidad furtiva é inquieta del gato que quiere entrar.

Cedió la puerta á la presión, hizo un movimiento imperceptible y silencioso y ensanchó un poco la abertura.

Esperó un momento, y después volvió á empujar segunda vez la puerta, más resueltamente.

Ella continuó cediendo en silencio. Ya era la abertura bastante grande para que pudiera él pasar. Pero junto la puerta se hallaba una mesita formando con ella un ángulo que incomodaba, porque impedía la entrada.

Juan Valjean reconoció la dificultad. Preciso era ensanchar aún más el espacio á todo trance.

Tomó un partido decisivo, empujando la puerta por tercera vez, con más energía que en las dos anteriores. Esta vez ocurrió que un gozne que no estaba bien dado de aceite, lanzó de repente en aquella oscuridad un chirrido, como un grito ronco y prolongado.

Juan Valjean se estremeció. El ruido de aquel gozne resonó en su oído con un acento estrepitoso y formidable, como el clarín del juicio final. En la fantástica exageración del primer momento, casi se figuró él que aquel gozne acababa de animarse y de adquirir súbitamente una vida terrible, y que ladraba como un perro para avisar á todo el mundo y despertar á los durmientes.

Detúvose, temblando, sin tino, cayendo de las puntas de sus piés sobre sus talones. Oía sus artérias golpear en sus sienes como dos martillos de fragua, y le parecía que la respiración salía de su pecho como el ruido del viento que sale de una caverna. Parecía imposible que el horrendo clamor de aquel gozne irritado no hubiese hecho estremecer á toda la casa, como el sacudimiento de un terremoto: empujada por él, aquella puerta había tocado alarma, llamando á los habitantes de la casa; el anciano iba á levantarse, las dos viejas iban á gritar, y vendría gente en su socorro; ántes de un cuarto de hora, la ciudad estaría sobresaltada y la gendarmería sobre las armas. Durante algunos momentos se creyó perdido.

Permaneció en el mismo sitio, petrificado como la estatua de sal, y sin atreverse á hacer el más mínimo movimiento. Algunos minutos transcurrieron en esta situación. La puerta se había abierto de par en par: y él se aventuró á mirar el interior de aquel aposento. Nada se había allí movido. Se puso á escuchar con la mayor atención. Nada se sentía remover en toda la casa. El ruido del gozne herrumbroso no había despertado á nadie.

Este primer peligro había ya pasado, pero todavía era él

preso de una horrible agitación. Sin embargo, no retrocedió. No era él hombre de retroceder fácilmente, ni áun cuando se creyó perdido. Ya sólo pensó en concluir pronto. Dió un paso, y entró en la pieza.

Hallábase aquel aposento en la más perfecta calma. Acá y acullá distinguíanse formas confusas y vagas que, á la luz, eran papeles esparcidos sobre una mesa, libros en folio abiertos, pilas de volúmenes sobre los taburetes, un sillón cargado de ropa, un reclinatorio, pero que á aquellas horas no eran sino rincones tenebrosos y espacios blanquecinos. Juan Valjean avanzó con precaución, evitando el tropezar con los muebles. En el fondo de aquella pieza, oía la respiración igual y tranquila del obispo dormido.

Detúvose de repente. Ya se hallaba cerca de la cama. Había llegado á ella ántes de lo que creía.

Á veces la naturaleza mezcla sus efectos y sus espectáculos á nuestras acciones con una especie de oportunidad sombría é inteligente, como si quisiera hacernos reflexionar. Hacía cerca de media hora que el cielo se hallaba cubierto por una nube densa. En el momento en que Juan Valjean se detuvo frente á la cama, rasgóse aquella nube, como si lo hiciera adrede, y un rayo de la luna, penetrando al través de la ventana, vino á iluminar súbitamente el pálido rostro del obispo. Dormía este apaciblemente. Hallábase casi vestido en su lecho, á causa de las noches frías de los Bajos Alpes, con una gruesa almilla de lana, color de café, que le cubría los brazos, hasta las muñecas. Su cabeza estaba reclinada sobre la almohada, en el abandono del reposo, y fuera de la cama dejaba colgar su mano adornada con el anillo pastoral, y de la cual habían salido tantas buenas obras, tantas acciones virtuosas. Todo su semblante estaba como iluminado de una vaga expresión de satisfacción, de esperanza y de beatitud. Era más que una sonrisa, y casi un resplandor, una verdadera radiación. Había en su frente la inex-

plicable reverberacion de una luz invisible. El alma de los justos durante el sueño contempla un cielo misterioso.

Un reflejo de este cielo brillaba sobre el obispo.

Era al mismo tiempo una transparencia luminosa, pues el cielo estaba dentro de él. Este cielo era su conciencia.

En el momento en que el rayo de luna vino á sobreponerse, por decirlo así, á aquella claridad interior, el obispo dormido apareció como en un trono de gloria. Todo sin embargo permaneció tranquilo y velado por una media luz inefable. Aquella luna en el cielo, aquella naturaleza adormecida, aquel jardín sin movimiento alguno, aquella casa tan apacible, la hora, el momento, el silencio, añadian un no sé qué de solemne y de indecible al venerable reposo de aquel hombre, envolviendo con una especie de auréola majestuosa y serena aquella cabellera blanca y aquellos ojos cerrados, aquel rostro donde todo era esperanza y donde todo era confianza, aquella cabeza de anciano y aquel sueño de niño.

Casi habia divinidad en aquel hombre, tan augusto sin saberlo él.

Por lo que hace á Juan Valjean, se hallaba en la sombra, con su candelero de hierro en la mano, de pie, inmóvil, azorado de ver aquel anciano luminoso. Jamas habia él presenciado cosa igual. Tanta confianza le aterraba. El mundo moral no conoce espectáculo más grande que este: una conciencia turbada é inquieta, que llega hasta el borde de una mala accion, y se detiene á contemplar el sueño de un justo.

Aquel sueño, en tal aislamiento, y con un vecino como él, tenía algo de sublime que él sentia de un modo vago pero imperioso.

Nadie habria podido decir lo que por él pasaba, ni él mismo tampoco. Para tratar de darse cuenta de ello, es

preciso imaginar todo lo más violento en presencia de todo lo más suave y dulce. En su mismo semblante, no habria podido distinguirse nada con certidumbre. Era una especie de asombro salvaje. Se quedó mirando, y nada más. Pero ¿cuáles eran sus pensamientos? Imposible habria sido adivinarlo.

Lo que no admite duda, es que estaba conmovido y trastornado. Pero ¿de qué naturaleza era su emocion?

No apartaba un instante los ojos del anciano. Lo único que se revelaba claramente en su actitud y en su fisonomía, era una extraña indecision. Diríase que vacilaba entre los dos abismos, aquel en que uno se pierde, y aquel en que se salva. Parecia dispuesto á romper aquel cráneo ó á besar aquella mano.

Al cabo de algunos instantes, levantó despacio su brazo derecho hácia su frente, se quitó la gorra, y el brazo cayó en seguida con la misma lentitud con que le habia levantado. Juan Valjean volvió á entrar en su contemplacion, teniendo la gorra en la mano izquierda, la maza en la derecha, y el cabello erizado sobre aquella cabeza feroz.

El obispo continuaba durmiendo en profunda paz bajo aquella mirada espantosa.

Un reflejo de luna hacia confusamente visible sobre la chimenea el crucifijo que parecia abrirles los brazos á entrambos, con la bendicion para el uno y el perdon para el otro.

Juan Valjean se puso repentinamente la gorra en la cabeza, y con la mayor rapidez se encaminó á lo largo de la cama. Sin mirar al obispo, se fué derecho á la alacena que entreveia él junto á la cabecera: levantó el candelero de hierro, como para arrancar la cerradura; pero como la llave estaba puesta, abrió en seguida: lo primero que halló allí el canastillo de la plata; se ap

deró de él, atravesó el aposento á todo escape, sin precaucion y sin reparar en el ruido, llegó á la puerta, volvió á entrar en el oratorio, abrió la ventana, cogió su garrote, saltó hácia fuera, introdujo la plata en su saco, tiró con el canasto, atravesó el jardin, trepó sobre pared como un tigre, y se fugó.

XII

EL OBISPO TRABAJA

Al salir el sol, en la mañana siguiente, monseñor Bien venido se estaba paseando en su jardin, cuando acudió allí madama Magloire enteramente desconcertada.

— Monseñor, monseñor, gritaba, ¿ sabe Vuestra Grandeza dónde está el canasto de la plata ?

— Si, contestó el obispo.

— ¡ Jesús ! loado sea Dios ! repuso ella. Yo no sabia adónde habia ido á parar.

El obispo acababa de recoger el cestito en un arriate; y se le entregó á madama Magloire diciéndola :

— Aquí está.

— ¿ Y bien ? añadió ella. ¡ No hay nada dentro ! ¿ pues y la plata ?

— ¡ Ah ! respondió el obispo. ¿ Conque es la plata lo que á usted ocupa ? Yo no sé dónde está.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! nos la han robado! ¡esto es el hombre de anoche que se ha ido con ella!

Y en un santiamén, con toda su vivacidad de vieja lista y cuidadosa, madama Magloire corrió al oratorio, entró en la alcoba, y no tardó un instante en volver donde estaba el obispo. Este acababa de bajarse á mirar al suelo y contemplaba suspirando un tallo tierno de colearia de los Grillons que el canasto había roto, al caer en el arriate. Á los gritos de madama Magloire se incorporó.

— ¡Monseñor, el hombre se ha marchado! ¡la plata está robada!

Al mismo tiempo que lanzaba esta exclamación, dirigía la vista hácia un rincón del jardín donde se notaban huellas de escalada. El cabrial de la pared había sido arrancado.

— ¡Mire usted, por allí es por donde se ha escapado. ¡Saltó al callejón de Coche-filet! Ah! ¡el bribón, que nos ha robado nuestra plata!

El obispo permaneció un momento silencioso, después levantó los ojos gravemente, y dijo con dulzura á madama Magloire:

— Y bien, ante todo, ¿por ventura esa plata era nuestra?

Madama Magloire quedó sobrecogida. Hubo otro momento de silencio, y después continuó diciendo el obispo:

— Madama Malgloire, yo hacía mal en conservar por tanto tiempo esa plata. Pertenecía á los pobres. ¿Y quién es ese hombre? Un pobre, sin duda.

— ¡Jesus de mi alma! repuso madama Magloire. No es por mí ni por mi señora. Á nosotras nos es enteramente igual. Pero es por monseñor. ¿Con qué va á comer ahora ya monseñor?

El obispo la miró mostrando extrañeza.

— ¡Ah! ¿es que no hay cubiertos de estaño?

Madama Magloire se encogió de hombros.

— El estaño tiene cierto olor.

— Entónces cubiertos de hierro.

Madama Magloire hizo un gesto expresivo.

— El hierro tiene cierto sabor.

— Pues bien, dijo entónces el obispo, cubiertos de palo.

Á los pocos instantes de suceder esto, el obispo estaba desayunándose en aquella misma mesa á la cual se sentó Juan Valjean la víspera. Mientras que se desayunaba, monseñor Bienvenido hacía alegremente observar á su hermana, quien nada decía, y á madama Magloire, quien refunfuñaba sordamente un poco, que no hay ninguna necesidad de cuchara ni de tenedor, aunque sean de palo, para mojar un pedazo de pan en una taza de leche.

— ¡Vaya una idea! decía entre sí madama Magloire, yendo y viniendo por la casa; recibir á semejante hombre! ¡y hacerle dormir á su lado! ¡y qué gran fortuna ha sido todavía que se haya contentado con robar! ¡Jesus mio! ¡Ah! si eso me hace estremecer cuando pienso en ello!

En el momento en que los dos hermanos iban á levantarse de la mesa, llamaron á la puerta.

— Adelante, dijo el obispo.

Abrieron de fuera, y un grupo extraño y violento apareció en el umbral. Tres hombres conducían á un cuarto sujetándole por el cuello. Los tres eran gendarmes, y el otro Juan Valjean.

Un cabo de la gendarmería, que parecía conducir el grupo, se hallaba junto á la puerta. Entró, y se dirigió hácia el obispo, haciéndole el saludo militar.

— Monseñor... dijo.

Al oír esta palabra, Juan Valjean, que estaba silencioso y triste y parecía abatido, levantó la cabeza mostrándose estupefacto.

— ¡Monseñor! murmuró el preso. Conque no es el cura...

— Silencio, dijo un gendarme. Es monseñor obispo.

Entretanto, monseñor Bienvenido se habia aproximado con tanta presteza cuanta se lo permitia su edad.

— ¡ Ah ! ¡ está usted ahí ! prorumpió mirando á Juan Valjean. Me alegro mucho de verle. ¡ Ea bien ! pero yo le habia dado á usted tambien los candeleros, que son de plata como lo demas, y de los cuales podrá usted muy bien sacar unos doscientos francos. ¿ Por qué no se los llevó usted con sus cubiertos ?

Juan Valjean abrió los ojos y se quedó mirando al venerable obispo con una expresion tal, que no hay lengua humana capaz de explicarla.

— Monseñor, dijo entónces el cabo de la gendarmeria, ¿ conque así es cierto lo que ha dicho este hombre ? Le hemos encontrado, cuando él iba como quien se escapa. Le detuvimos para registrarle : y vimos que llevaba plata de vajilla...

— ¿ Y les ha dicho á ustedes, interrumpió el obispo sonriendo, que se la habia dado un cura anciano en cuya casa habia pasado la noche ? Ya me hago cargo de lo que es. ¿ Y ustedes le han traído aquí ? Es una equivocacion.

— ¿ De ese modo repuso el cabo, es decir que podemos dejarle marchar

Sin duda, respondió el obispo.

Los gendarmes soltaron á Juan Valjean, quien pasos hacía atras.

— ¿ Es que me sueltan de véras ? dijo con una voz casi inarticulada, y como si hablara en un sueño.

— Sí, te sueltan ; ¿ es que no has comprendido ? dijo un gendarme.

— Amigo mio, añadió el obispo, antes que usted se marche, recoja sus candeleros. Aquí están.

Y dirigiéndose á la chimenea, tomó los dos candeleros de plata y se los trajo á Juan Valjean. Las dos mujeres veian lo que hacía sin articular palabra, sin un gesto, sin una mi-

rada que pudiera estorbar al obispo. Juan Valjean temblaba con todos sus miembros, y tomó maquinalmente y como distraido los dos candeleros.

— Ahora dijo el obispo, vaya usted en paz. — Á propósito, cuando usted vuelva, amigo mio, no hay necesidad de que pase por el jardin. Puede usted siempre entrar y salir por la puerta de la calle. Jamas se cierra sino con el pestillo, ni de dia ni de noche.

Y despues, dirigiéndose á los gendarmes :

— Señores, les dijo, pueden ustedes retirarse.

Los gendarmes se marcharon.

Juan Valjean estaba como un hombre que va á desmayarse.

El obispo se acercó á él y le dijo en voz baja :

— No olvide usted, cuidado que no lo olvide jamas, que me ha prometido emplear ese dinero en hacerse hombre de bien.

Juan Valjean, que no recordaba haber prometido cosa alguna, quedó como cortado. El obispo habia acentuado bien y recalcado aquellas palabras al pronunciarlas ; y repuso con solemnidad :

— Juan Valjean, hermano, usted no pertenece ya al mal, sino al bien. Lo que yo le compro á usted es su alma ; la aparto de las negras ideas, de los malos pensamientos, la arrebató al espíritu de perdicion, y se la entrego á Dios.

XIII

GERVASITO .

Salió Juan Valjean de la ciudad en los mismos términos que había emprendido ántes la fuga. Se puso á marchar á toda prisa por aquellos campos, tomando los caminos y las veredas segun se le iban presentando, sin echar de ver si quiera que á cada instante volvía sobre sus mismos pasos. Anduvo así errante toda la mañana, sin haber comido y sin tener hambre tampoco. Hallábase atormentado por una multitud de nuevas sensaciones. Experimentaba una especie de iracundia, sin saber él mismo contra quién. No habría podido decirse si se sentía conmovido ó humillado. En ciertos momentos se veía como afectado de un extraño enternecimiento que él combatía, oponiéndole el endurecimiento nabitual de sus últimos veinte años. Esta situación le fatigaba. Veía con inquietud vacilar en su interior aquella especie de calma horrible que le había producido

la injusticia de su desgracia : y se preguntaba qué es lo que reemplazaría á aquello. Á veces, habría preferido realmente quedar preso en poder de los gendarmes, á este giro que las cosas habían ido tomando; lo primero le habría agitado mucho ménos. Aunque la estacion se hallaba ya bastante avanzada, aún había acá y acullá en los vallados algunas flores tardías cuyo olor, que él sentía al pasar junto á ellas, traía á su memoria ciertos recuerdos de la infancia. Estos recuerdos le eran casi insoportables, tan largo tiempo hacía ya que no habían ellos ocupado su espíritu.

Peasamientos inexplicables se agolparon así á su mente durante todo el día.

Declinaba el sol en su ocaso extendiendo por el suelo la sombra del más pequeño guijarro, y Juan Valjean se hallaba sentado junto á una mata, en una grande llanura rojiza enteramente desierta. Sólo los Alpes se divisaban en el horizonte. Ni siquiera el campanario de una aldea lejana. Juan Valjean podría hallarse entónces á unas tres leguas de D. — Una senda que cortaba la llanura cruzaba á algunos pasos de la mata.

En medio de aquella meditacion que no habría contribuido poco á hacer sus andrajos pavorosos á cualquiera que le hubiese encontrado, oyó un alegre ruido.

Volvió la cabeza, y vió que venía por aquella senda un saboyanito como de edad de diez años, con su gaita al costado y su caja de marmota á la espalda.

Uno de esos niños apacibles y alegres que van de pueblo en pueblo, dejando ver sus rodillas por los agujeros del pantalon.

Sin dejar su canto, el niño interrumpia de vez en cuando su marcha, y se ponía á jugar á la taba con algunas monedas que llevaba en la mano, y que probablemente constituian toda su fortuna. Entre estas monedas figuraba una de dos francos.

El niño se detuvo al lado de la mata sin ver á Juan Valjean, é hizo saltar su puñado de monedas que hasta entonces había él recibido con bastante destreza, y sin dejar caer al suelo ni una sola, sobre el dorso de su mano.

Mas esta vez se le escapó la moneda de cuarenta sueldos, que rodando hácia la mata, fué á parar donde estaba Juan Valjean.

Juan Valjean puso un pié sobre la moneda.

Sin embargo el niño la había seguido con los ojos y lo había visto todo.

No manifestó sorpresa alguna y marchó derecho hácia el hombre.

Era un sitio enteramente solitario. En todo el espacio al cual podía alcanzar la vista, no se distinguía ni un sér viviente en la llanura ni en la senda. Ningun otro ruido se oía que los débiles chillidos de una bandada de aves de paso que atravesaban el cielo á una inmensa altura. El niño volvía la espalda al sol que mezclaba doradas hebras con su cabellera, al mismo tiempo que matizaba con siniestro resplandor el rostro salvaje de Juan Valjean.

— Señor, dijo el saboyanito, con esa confianza propia de la niñez, que se compone de inocencia y de ignorancia, — ¿ mi moneda ?

— ¿ Cómo te llamas ? le preguntó Juan Valjean.

— Gervasito, señor.

— Anda, véte, díjole Juan Valjean.

— Señor, repuso el niño, déme usted mi moneda.

Juan Valjean bajó la cabeza, sin responder palabra. El niño insistió :

— ¡ Mi moneda, señor !

Juan Valjean permaneció con la vista fija en el suelo.

— ¡ Mi moneda ! gritó el niño, ¡ mi moneda blanca ! mi dinero !

Parecía que Juan Valjean no oía siquiera lo que se le

decía. El niño le cogió por el cuello de su blusa, y empezó á tirar de él haciendo al mismo tiempo cuantos esfuerzos podía para quitar su gran zapato ferrado de encima de su tesoro.

— ¡ Yo quiero mi moneda ! ¡ mi moneda de cuarenta sueldos !

Y el niño echó á llorar. Juan Valjean levantó la cabeza, permaneciendo siempre sentado. Tenía la vista turbia. Se puso á considerar al niño con cierta extrañeza y asombro, en seguida alargó la mano hácia su garrote, y con voz terrible gritó : — ¿ Quién está aquí ?

— Soy yo, señor, respondió el niño. ¡ Gervasito ! ¡ yo ! ¡ yo ! déme usted mis cuarenta sueldos ! ¡ haga usted el favor de quitar el pié, señor, si usted gusta ! Y despues irritado, aunque tan pequeño, y poniéndose casi amenazador :

— ¡ Ah ! ¡ pero no faltaba más ! ¿ quitará usted ó no el pié ? ¡ Vamos ! ¡ quite usted ese pié !

— ¡ Ah ! ¡ todavía eres tú ! dijo Juan Valjean, y enderezándose bruscamente de pié, pisando siempre la moneda de plata, añadió :

— ¡ Quieres alargarte de aquí pronto !

El niño, asustado, le miró, y empezó á temblar de piés á cabeza ; despues de algunos segundos de estupor, echó á correr con todas sus fuerzas, huyendo y sin atreverse á volver la cabeza ni á lanzar un grito.

Sin embargo, á cierta distancia, se vió precisado á detenerse, falto de alientos para continuar, y Juan Valjean, en medio de su delirio, oyó que sollozaba.

Al cabo de algunos instantes el niño había desaparecido. Ya estaba puesto el sol.

Juan Valjean iba quedando rodeado de sombras. No había comido en todo el día, y es probable que tenía calentura.

Desde que el niño se había ahuyentado, permanecía él

de pié, y sin cambiar de actitud. La respiracion le hacia levantar el pecho á largos y desiguales intervalos. Su mirada, que fijaba en un punto distante como diez ó doce pasos de él, parecia examinar y estudiar con la más profunda atencion la forma de un tiesto viejo de loza azul que se hallaba entre la yerba. De improviso sintió un grande estremecimiento; el frio de la noche acababa de acometerle.

Estrechó su gorra en la cabeza bajándola en tanto pudo por delante y buscó maquinalmente la manera de cruzar y abotonar su blusa; en seguida dió un paso, y se bajó para recoger del suelo su garrote.

En este momento fué cuando vió la moneda de dos francos que su pié habia cuasi enterrado en el suelo, pero que sin embargo brillaba entre los guijarros. Esto fué para él como una conmocion galvánica. — ¿Qué viene á ser esto? dijo entre dientes. Dió tres pasos hácia atras, y despues se detuvo, sin poder apartar sus miradas de aquel punto que su pié habia ocupado un momento ántes, como si aquello que allí resplandecia hubiera sido un ojo abierto que fijaba en él su mirada acusadora

Al cabo de algunos minutos avanzó convulsivamente hácia donde estaba la moneda, la cogió del suelo, y enderezándose, se puso á mirar á lo lejos en la llanura, dirigiendo á la vez sus ojos hácia todos los puntos del horizonte, de pié y tembloroso como el corzo asustado que busca asilo.

Nada encontraba su vista. La noche avanzaba, la llanura era vaga y fria, y espesas brumas violadas ascendian en la claridad crepuscular

Lanzó un ¡ay! y echó á andar con rapidez en cierta direccion por el lado donde el niño habia desaparecido. Despues de haber dado como unos treinta pasos, se detuvo, miró y á nadie vió en aquel desierto.

Entónces se puso á gritar con toda la fuerza de sus pulmones: — ¡Gervasito! ¡Gervasito!

Calló y esperó.

Ninguna respuesta le fué dada.

El campo estaba desierto y silencioso. La extension le rodeaba por todas partes. Nada habia en torno suyo sino una sombra en que se perdia su mirada y un silencio en que se perdia su voz.

Un cierzo glacial soplaba, comunicando á los objetos que estaban en derredor suyo una especie de vida lúgubre. Los arbustos sacudian sus débiles ramas con una furia increíble. Diríase que amenazaban y perseguian á álguien.

Volvió á continuar su marcha, emprendiéndola esta vez á la carrera. De cuando en cuando se detenia, y gritaba en aquella soledad, con una voz tal, que no es posible oír acento más formidable ni más desolado tampoco: — ¡Gervasito! ¡Gervasito!

Es seguro que si el niño le hubiera oído, habria tenido miedo, y se habria guardado bien de mostrarse. Pero el muchacho se hallaba sin duda ya muy lejos de allí.

Como encontrase á un eclesiástico que iba á caballo, dirigióse á él y le dijo:

— ¿Señor cura, ha visto usted pasar un niño.

— No, le contestó el clérigo.

— ¿Uno á quien llaman Gervasito?

— No he visto á nadie.

Sacó de su bolsillo dos monedas de cinco francos y se las entregó al eclesiástico, diciéndole:

— Señor cura, tome usted esto para los pobres. Señor cura, es un niño que tendrá unos diez años, que lleva una marmota, segun creo, y una gaita. Iba por este camino: ¿Uno de esos saboyanos que usted habrá visto?

— Á ese que usted dice no le he visto yo.

— ¿Gervasito? ¿No es de los pueblos de
¿Podria usted decirme?...

— Si es, como usted indica, amigo mio, un niño extranjero, esos pasan por el país, pero nadie los conoce.

Juan Valjean tomó precipitadamente otras dos monedas de cinco francos, que dió al sacerdote :

— Tenga usted, para sus pobres, le dijo.

Y despues añadió, como desvariando :

— Señor cura. hágame usted prender. Yo soy un ladrón.

El eclesiástico picó ambas espuelas y se ahuyentó muy asustado.

Juan Valjean echó á correr en la misma direccion que habia tomado desde el principio.

De este modo recorrió una gran parte del camino, mirando, llamando y gritando, sin que volviese ya á encontrar á nadie. En dos ó tres ocasiones corrió en la llanura hácia algun objeto que le habia parecido sin duda un sér viviente acostado ó acurrucado; pero que no era otra cosa que matas, brezos, arbustos ó rocas á flor de tierra. Por fin se detuvo en un sitio donde tres distintas sendas formaban encrucijada. Habia salido la luna.

Paseó sus miradas á lo léjos, y llamó por última vez : ¡ Gervasito ! ¡ Gervasito ! Sus voces se apagaron en las brumosas regiones de la atmósfera, sin producir siquiera un eco. Todavía se atrevió á murmurar : ¡ Gervasito ! pero con voz débil ya y casi inarticulada. Este fué su postrer esfuerzo : sus piernas se doblaron bruscamente bajo el peso de su cuerpo, como si un poder invisible le agobiara de repente con la pesadumbre de su mala conciencia : cayó sobre una piedra grande, agotadas las fuerzas, los puños en la cabellera y el resto apoyado sobre sus rodillas, y exclamó : — Soy un miserable !

Entónces se desgarró su corazón y empezó á llorar. Era primera vez que lloraba despues de diez y nueve años.

Cuando Juan Valjean salió de casa del obispo, se hallaba ya, segun hemos visto, fuera de todo lo que habia nutrido su pensamiento hasta entónces. No podia darse cuenta de lo que le pasaba. Rebelábase contra la accion angélica y contra las tiernas palabras del anciano. « Usted » me ha prometido hacerse hombre de bien. Yo le compro » á usted su alma. La sustraigo al espíritu de perversidad » y se la doy á Dios. » Esto le venia á la memoria sin cesar : y á esta indulgencia celestial oponia él el orgullo, que viene á ser en nosotros como la fortaleza del mal. Sentia indistintamente que el perdon de aquel sacerdote era el mayor asalto y el más formidable ataque de que en su vida se habia visto acometido ; que su endurecimiento sería definitivo si él resistia aún á tanta clemencia ; que si, por el contrario, cedia, era preciso renunciar á aquel odio de que las acciones de los demas hombres habian llenado su alma en el espacio de tantos años, y en el cual hallaba él una feroz delectacion ; que esta vez era necesario vencer ó ser vencido ; y que la lucha, una lucha colosal y definitiva, estaba empeñada entre su propia maldad y la bondad de aquel hombre.

Ofuscado por todas estas vislumbres, caminaba como un hombre ebrio. Miétras que iba andando así, con la vista turbada, ¿ tenía él acaso una percepcion distinta de lo que pudiera resultarle de su aventura en D. ? — ¿ Oía todos esos zumbidos misteriosos que advierten ó importunan al espíritu en ciertos momentos de la vida ? Decíale una voz al oído que acababa de atravesar la hora solemne de su destino ; que ya no habia término medio para él ; que si en lo sucesivo no era el mejor de los hombres, sería necesariamente el peor de todos ellos ; que era menester, por decirlo así, que ahora se elevase más alto que el obispo, ó que recayese más bajo que el galeote ; que si queria hacerse bueno, era preciso que se convirtiese en

ángel: que si prefería continuar siendo malvado, era necesario que se transformase en monstruo.

Aquí también debemos hacernos estas preguntas que ya nos hemos dirigido en otra ocasión: ¿recogía él confusamente alguna sombra de todo esto en su pensamiento? En verdad, ya lo hemos dicho, la desgracia forma la educación de la inteligencia; sin embargo, es dudoso que Juan Valjean se hallase en estado de discernir todo lo que aquí indicamos. Si tales ideas venían á su espíritu, más bien que verlas, las entreveía solamente, y sólo conseguían llenarle de una turbación inexplicable y casi dolorosa. Al salir de aquella cosa deforme y negra que llaman el presidio, el obispo le había hecho mal al alma, como una claridad demasiado viva habría dañado á los ojos al salir de las tinieblas. La vida futura, la vida posible, que en adelante se le ofrecía, toda ella pura y radiante, le llenaba de temblor y de ansiedad. Ya no sabía realmente dónde se encontraba. Semejante á una lechuza que viera levantarse el sol bruscamente, el presidiario había sido ofuscado y como cegado por la presencia de la virtud.

Lo que era indudable, aunque él no se apercibiese de ello, es que ya no era el mismo hombre; que todo había cambiado en él, que no le era posible hacer que el obispo hubiese dejado de hablarle y hubiese dejado de interesarle y conmoverle.

En tal situación de espíritu, había encontrado á Gervasio y le había robado sus cuarenta sueldos. ¿Por qué? Seguramente él mismo no habría podido explicarlo: ¿era aquello un postrer efecto y como un supremo esfuerzo de los malos pensamientos que había traído del presidio, un resto de impulsión, un resultado de lo que llaman en estática la *fuerza adquirida*? Si, era esto, y tal vez era también aún menos que esto. Digámoslo sencillamente: no era él quien había robado, no era el hombre, era la bestia

que, por hábito y por instinto, había colocado estúpidamente el pié sobre aquel dinero, mientras que la inteligencia luchaba y resistía en medio de tantas obsesiones nuevas é inauditas. Cuando la inteligencia despertó y vió aquella acción de la bestia, Juan Valjean retrocedió con angustia y lanzó un grito de espanto.

Y es que, — fenómeno extraño, y que no era posible sino en la situación en que él se hallaba, — al robar el dinero á aquel niño, había hecho una cosa de la cual no era él ya capaz.

De todos modos, esta última mala acción produjo en él un efecto decisivo: atravesando bruscamente aquel caos que tenía él en la inteligencia y disipándole, colocó en un lado las densidades oscuras y en el otro la luz, y obró en su alma, en el estado en que ella se encontraba, como ciertos reactivos químicos obran en una mezcla turbia, precipitando un elemento y clarificando el otro.

Al principio, aún ántes de examinar y de reflexionar, desatinado, perdido, y como quien desea ponerse á salvo, procuró encontrar al niño para devolverle su dinero; y después, cuando reconoció que aquello era inútil é imposible, se detuvo desesperado. En el momento en que exclamó: ¡ Soy un miserable! acababa de percibirse tal cual era; y se hallaba ya á tal punto separado de sí mismo, que le parecía que no era sino un fantasma, y que tenía allí frente á sí, en carne y hueso, con el palo en la mano, la blusa en los riñones, el saco lleno de objetos robados á a espalda, con su semblante resuelto y triste, con su espíritu nutrido de proyectos abominables, el horrible gaileote Juan Valjean.

Como ya lo hemos notado ántes, el exceso de desgracia le había hecho en cierto modo visionario. Por consiguiente esto fué como una visión para él. Vió realmente á aquel Juan Valjean, de rostro torvo y siniestro, en su presencia.

Durante un momento, estuvo casi á punto de preguntarse á sí mismo quién era aquel hombre, y tuvo horror de él.

Hallábase su cerebro en una de esas situaciones violentas y sin embargo horrorosamente tranquilas, en que el delirio es tan profundo, que absorbe la realidad. No ve ya uno los objetos que tiene delante de sí, y ve como fueren de sí las figuras que tiene en su espíritu.

Por consiguiente, se contempló, digámoslo así, cara á cara, y al mismo tiempo, en medio de esta alucinación, veía, en una profundidad misteriosa, una especie de luz que él tomó primero por un hachón. Pero mirando con más atención aquella luz que se aparecía á su conciencia, reconoció que tenía forma humana, y que aquel blando no era otro que el obispo.

Consideró su conciencia alternativamente aquellos dos hombres colocados así en frente de ella: el obispo y Juan Valjean. Nada ménos había sido menester que el primero para ablandar al segundo. Por uno de esos singulares efectos propios de esas especies de éxtasis, á proporcion que su delirio se prolongaba, el obispo engrandecía y resplandecía á sus ojos; y Juan Valjean menguaba y se borraba. Llegado cierto momento, ya no fué más que una sombra. De repente, desapareció. Sólo el obispo había quedado.

Llenaba él toda el alma de aquel miserable con un esplendor magnífico.

Juan Valjean lloró largo rato. Lloró á lágrima viva, lloró también sollozando, con más debilidad que una mujer, con más pavor que un niño.

Mientras que lloraba de esta manera, la luz iba penetrando cada vez más en su cerebro, luz extraordinaria, luz encantadora y terrible á la vez. Su vida pasada, su primera falta, su larga expiación, su embrutecimiento exterior, su interior dureza, su liberación festejada con tantos planes de venganza, lo que le sucedió en casa del obispo, lo úl-

timo que acababa de practicar, aquel robo de cuarenta sueldos á un niño, crimen tanto más vil y tanto más monstruoso, cuanto que venía después del perdón del obispo; todo esto se le representó y le apareció claramente, pero con una claridad que él no había visto jamás hasta entonces. Miró su vida, y le pareció horrible; su alma, y le pareció espantosa. Entre tanto, una luz suave se cernía sobre aquella vida y sobre aquella alma, Parecía que veía á Satanás á la luz del paraíso.

¿Cuántas horas lloró así? ¿qué hizo después de haber llorado? ¿adónde se dirigió? Nunca llegó á saberse. Sólo parece cosa averiguada que, en aquella misma noche, el carretero que en aquella época hacía el servicio de Grenoble, y que llegaba á D. á eso de las tres de la mañana, vió al atravesar la calle del obispado á un hombre en la actitud de hacer oración, hincado de rodillas sobre el empedrado, en la oscuridad, frente á la puerta de monseñor Bienvenido.